

POESIA



POEMAS

Juan José Oliver / Del Taller de Poesía dirigido por Juan Bañuelos

Main Street, L.A.

Con la soledad auestas,
con la ciudad como un borracho a hombros,
contigo misma, vaporoso horizonte,
y tu tarde aquélla, asilada de sal,
que te pesa donde la dejaste,
husmeo bajo el mercurio los aceites.
En el arco de perro que te mea
con tres patas de amor
sobre tu pecho y ombligo de escultura,
me exilio de tu luz que ya no puede más.

Aquello era sólo un desastre lento,
irse anarquizando a las orillas,
en sombras diversas
y a pesar del violeta en el hollín,
inagotable crepúsculo del Civic Center,
de su puñal, allá arriba.

Desde aquí puedo decir:
esta es la mitad derecha,
esta es la mitad izquierda,
Este Oeste me aprisionan y ya
una paloma pasa rozando mis palabras
y picotea el cemento como loca.
Cómo puede existir rumor de trigo,
inquietud de arroz, afán de cielo,
cuando morir aquí a mis pasos
es un cuerpo que se va quedando solo
de ojos que no quieren verse involucrados
en esta calle neutra que amaneció domingo,
para desgracia de este héroe de Guadalcanal,
rebozante de alcohol y teología.
Hoy y aquí, el mundo está a los lados,
como la tregua en la trinchera.
Y la biografía sobre el silencio
se apresura con aullidos a la disección:
los estudiantes hurgarán entre la carne.
Pero las voces aprenden a callar

con las caras fijas en los vasos
de la espuma, y aquella hilera de ojos
recorren la mirada de un negro sudoroso
y arrumbado en el rincón de la cocina.
La rata derrumbosa sin rabia ni oraciones
dobla su espalda de tres siglos.

Mas todavía yo tengo un par de piernas
y me apresuro a la superficie de hormigón,
ya salgo, cuando la Greyhound insiste en
la derrota. Y ya tengo mi sitio en este centro,
porque esta calle le parte la madre a la ciudad
y yo me enamoro de los postes
mientras busco qué tragarle a la basura.

Recuento

1
Fantasmal, mi miedo milenario dio la vuelta.
Por la calle, el sol, caía en astillas.
Una parvada verde cruza la pupila y ha
dispuesto el tajo en el aire luminoso.
Viento sin dueño, también agua y voces esculpidas,
esbeltas islas, con el cincel de la saliva.
El horizonte,
 caleidoscopio cenizo,
 paralela de los sueños,
se irisó de voces.

A su tiempo,
como si la lluvia lo tuviera calculado,
la voz quedó petrificada, al alcance de la mano.
Como un cuello a la verticalidad del hacha del verdugo.
Medio instante después, cae la cabeza,
rueda ese grito ahogado por su centro.
Los ojos están abiertos y me rozan,
me avisan
la rabia impotente del último segundo,
la tristeza infinita de la mudez imprevista
de los veinte, de los quince, de los trece años
flotando en un caos agazapado
de piedras y sueños en añicos.

2
Podría ser hoy la víspera;
mañana será el nuevo pacto con la sangre.
Ante el umbral del alba, aquí,
sobre este puente ceniciento
los pájaros modorros cantan sus encierros,
los maniquís de la decencia inventan la armonía,
pintan de rosa los cristales de las jaulas,

cuelgan el progreso a la altura de la muerte;
que no es otra la estatura del ahorcado.
Sí, definitivamente,
este país tiene el nivel de vida
tres metros abajo de la tierra.

3

Yo que vi la sangre huir al gran canal
me niego a compartir estas miserias,
esas caras de “ya veremos mañana”,
esos hombros de “qué se le va hacer”.
Yo que leo los diarios,
yo haciéndole al poeta.
Cómplice creador de paz interna,
calculador de las miserias;
yo que forniqué con la tierra,
yo besando el suelo, la sangre,
aquella tarde que morí de miedo
en brazos de una jacaranda rodeada de agonías.
Yo que te vi y no te reconozco.
Yo que eras tú y éramos nosotros,
ellos en filas, en montones quietos:
la muerte acostada boca arriba,
buscando el sol entre las nubes.
Nosotros, en fin, con el gran vicio
de vernos al espejo;
con las manos preparadas
y listas a romperlo.

Crónica de Otoño en Primavera

Giró la luz:
luto en los reflejos.
Un sol irrepentino
ocultó su pelambre.

Conté los pasos de esa tarde.
Ya con la histeria amarillenta
al filo de los labios, estucada,
uní esos minutos dispersados,
sacudí esas imágenes caídas.
Ya lentamente, ya siniestra,
la voz, monólogo de sueños,
avanza como loca y colecciona
los más diversos odios y se enciende
para prender fuego a la página
y trocar por llamas este agobio
de retórica gris que se desgarras:
carroña en movimiento.

Conté los pasos de esa tarde,
sorbí la sal de la emboscada
bajo un cielo de plomo entumecido.

